Tu divina piedad, nuestra defensa
Es contra el mal sañudo;
Es tu bondad inmensa
Nuestro amparo, Señor, y nuestro escudo.

———

SALMO VI.

(Versión parafrástica.)

¡Señor, compasivo mira
Mi dolor y mi tristeza!
¡Ya no hieras mi cabeza
Con el rayo de tu ira!

¡Señor, Señor, ten piedad
De la angustia de mi alma!
¡Señor, cariñoso calma
Mi doliente enfermedad!

Ansia que nunca sentí
Mi vida está devorando:
¡Señor, Señor! ¿hasta cuándo
Tendrás compasión de mí?

Con tu mirada bendita
Dulce consuelo me envía;
Salva ¡oh Dios! el alma mía
Por tu piedad infinita.

Si me hundo al infierno, allí
Jamás cantaré tu amor;
Porque en la muerte, Señor,
No hay quien se acuerde de tí.

El ¡ay! que exhalo en mi espanto
Ha desgarrado mi pecho;
Todas las noches mi lecho
Empaparé con mi llanto.

En dolorosa inquietud
Ya mi vista se oscurece;
Mi corazón languidece
En triste decrepitud.

Apartad, los que al error
Habéis sin cesar seguido,
Que la voz de mi gemido
Piadoso escucha el Señor.

Huyan de mí los que airados
Sin cesar me persiguieron;
Los que á Dios ingratos fueron
Conviértanse avergonzados.

SALMO VII.

(Versión parafrástica.)

Señor, en tí confío;
En tí, Señor, espero;
Defiéndeme, Dios mío,
De mi adversario fiero
Que me persigue indómito
En su fatal furor;
Si nó me das tu abrigo
En tan atroz combate,
Temo que mi enemigo
El alma me arrebate,
Como á la oveja débil
El bárbaro león.

Señor, si te he olvidado,
Si aliento á la venganza
Mi corazón ha dado,
Caiga sin esperanza
De mi enemigo pérfido
Bajo el impuro pie;

Airado y sin clemencia
Persiga el alma mía,
Y hollando mi existencia
Con cólera sombría,
Reduzca á polvo mísero
Mi gloria y mi poder.

Levántate, Dios mío,
Y muestra poderoso
En medio del impío,
Muestra el fulgor radioso
De tu grandeza espléndida;
Levántate, Señor.
Tú juzgas las naciones;
Los pueblos te rodean;
Que todas mis acciones,
Señor, tus ojos vean,
Y juzga ¡oh Dios altísimo!
Mi ardiente corazón.

Tú arrojarás al cieno
A la maldad impía;
Tú llevarás al bueno
Por la segura vía;
Que hasta lo más recóndito
Tú de las almas ves.
Tú amas al que sus ojos
A tí, Señor, levanta;
Y templa tus enojos
Misericordia santa
Porque eres tú magnánimo,
Justo y sufrido Juez.

Si el malo la mirada
Jamás á tí convierte,
Tú vibrarás tu espada,
Tú le darás la muerte;
Y el dardo de tu cólera
Su frente abatirá.
¡Ay del que á tí te irrita
Y á la injusticia alienta,
Y á la impiedad maldita
Fatídico alimenta,
Guardando en su alma el germen
Que brota la maldad!

En sus designios vanos,
El cavará imprudente
Su tumba con sus manos;
Sobre su propia frente,
Cual tempestad horrísona,
Descenderá el dolor.
Tú, con tu santo aliento
Destruyes la malicia:
Señor, mi pensamiento
Bendice tu justicia:
Tu nombre en dulce cántico
Yo alabaré, Señor.

SALMO X.

(Versión parafrástica.)

En el Señor confío:
¿Por qué decís al alma á cada instante
Que vuele al bosque umbrío,
Y huya y se aleje como el ave errante?
Los que aman la maldad, los pecadores,
Sus arcos empuñaron
Y saetas agudas prepararon,
Herir queriendo entre la sombra oscura
A los que alzan á Dios el alma pura.
Ellos las obras del Señor destruyen
En el impulso ciego de su ira;
Pero el Señor los mira
Desde su templo santo:
Del poderoso apagará el encono;
Él su soberbia abatirá en el suelo,
Porque el Señor Altísimo en el cielo
Sentado está sobre su excelso trono.

En el Señor confío:
Sus ojos ven al pobre; sus miradas
De los hombres penetran la conciencia
Y contemplan al justo y al impío.
¡Ay del que amando la maldad existe
Porque aborrece su alma!
Nunca hallará la calma;
De lazos por doquier veráse lleno;
De amargura su cáliz tendrá henchido,
De azufre derretido,
De fuego, y tempestades, y veneno.
El Señor abomina la malicia;
La impiedad el Señor siempre aborrece;
Él ama la justicia;
La equidad en su rostro resplandece.

———

SALMO XXVII.

(Versión parafrástica.)

A tí clamo, Señor, en tí confío;
Ya no más en silencio estés, Dios mío,
Que temo verme al fin, si estás callado,
Como aquellos que en tu ira has arrojado
En el lago tristísimo y sombrío.

Oye la voz humilde de mi canto,
Oye, Señor, mi súplica ferviente,
Cuando en las gradas de tu templo santo
Mi rodilla doblando reverente
A tí las manos con amor levanto.

Nunca, Señor, me arrojes confundido
Con aquellos que á tí te han ofendido,
Que tienen siempre para hacer agravios
De palabras de paz llenos los labios
Y de maldad el corazón henchido.

Castiga, sí, su pensamiento injusto;
Inmenso á su dolor como la ofensa
Que ellos hicieron á tu nombre augusto,
Y hallen, Señor, en tu castigo justo
De su infame maldad la recompensa.

Sí, tú los destruirás porque estuvieron
A tu infinita luz ciegos sus ojos;
Negaron tu poder y te ofendieron;
Despreciaron audaces tus enojos
Y comprender tu gloria no quisieron.

¡Bendecid al Señor por donde quiera!
Que Él escucha la queja lastimera
Que hace exhalar al labio el dolor rudo:
Él es mi protector, Él es mi escudo,
Y sólo en Él mi corazón espera.

Yo alabaré su nombre conmovido,
Que Él animó mi espíritu abatido
Volviéndome el vigor, la fe, la calma;
Él es la fortaleza de mi alma,
El protector que salva á su escogido.

Por tu poder ¡oh Dios! santo, infinito,
Sostenido á tu pueblo siempre vea;
Y bendito, Señor, bendito sea,
Hasta la eternidad por tí bendito.

LA BELLEZA DEL ALMA.

SONETO.

No es tu dulce mirar que resplandece,
No es el encanto de tu frente altiva
Lo que enciende, mi bien, la llama activa
Que arde en mi pecho y que incesante crece.

La frágil hermosura languidece
Un instante después que nos cautiva,
Y cual errante fuego, fugitiva,
Al soplo de la edad se desvanece.

Yo sé que en tu alma, ¡oh niña! hay un tesoro
De hermosura inmortal y de grandeza
Que nunca es causa de doliente lloro.

La hermosura de tu alma es la pureza,
Y esa santa hermosura es la que adoro,
Pues yo amo siempre la inmortal belleza.

EL INVIERNO.

SONETO.

Del triste invierno las neblinas llegan;
Ya las aves su nido abandonaron;
Ya del maíz las cañas se secaron,
Y gimen con el viento, y se doblegan.

Las otoñales auras ya no juegan
Con las flores que ayer acariciaron;
Ya los bellos matices se apagaron,
Y mústios valles las corrientes riegan.

Asomando entre nubes apiñadas,
Trémulo, opaco rayo el sol envía
Sobre sierras de nieve coronadas.

Busco en vano placer, luz y alegría,
Pues no hay más que llanuras desoladas,
¡Ay! desoladas como el alma mía.

Diciembre, 1870.

Á LA ARTISTA MEXICANA

ÁNGELA PERALTA.

SONETO.

Cruzando el ancho mar tendiste el vuelo,
Y en la margen del Tíber, inspirada,
A la patria del Dante infortunada
Le diste con tu voz dulce consuelo.

México entonces con ardiente anhelo
Fijó en tí cariñosa la mirada,
Y exclamó contemplándote extasiada,
Su hermosa frente levantando al cielo:

"Sus acentos oid, sus seductores
"Dulces cantos de amor. Soy su alegría,
"Soy la diosa que inspira sus amores.

"Yo le dí de mis bosques la armonía,
"Es un ave nacida entre mis flores,
"Yo soy su inspiración, su gloria es mía."

León, 1866.

EL NÁUFRAGO Y LA ROCA.

(Imitación del inglés.)

SONETO.

La procelosa mar ruge agitada,
Y en las ondas un náufrago doliente
Implora compasión inútilmente
Al cielo, al mar, á la tormenta airada.

Una roca á lo lejos elevada
Contempla su agonía indiferente,
Y en el mar vencedora alza la frente
De vaporosas nieblas coronada.

Así también ¡oh Laura! el alma herida
¡Ay! de las ondas en la furia loca,
En el mar del amor vaga perdida;

Y en vano en su hondo afán tu nombre invoca,
Porque somos los dos, Laura querida,
Yo el náufrago infeliz y tú la roca.

León, 1866.

SONETO.

¿Qué es el humano corazón, Dios mío . . ?
Eterna decepción no comprendida,
Ayer amaba su ilusión perdida
Y hoy siente de otro amor el desvarío.

Junto á un sepulcro ayer lloró sombrío
Y hoy goza en el festín que amor convida;
Bien dice Campoamor, que en esta vida
Sólo sentimos el calor y el frío.

Esta no es nuestra patria, es cosa vista;
Pero pasan alegres su destierro
La hermosa, el rey, el militar y el fraile.

Y hasta yo que me llamo moralista,
No hace mucho que vine de un entierro
Y me estoy preparando para un baile.

León, 1866.

SONETO.

¿Y es este, ingrato amor, el dulce abrigo
Que tú engañoso me ofreciste un día....?
¡Ay! la tristeza pálida y sombría
Desde que oí tu voz vive conmigo.

Amor, injusto dios, pérfido amigo,
Ya no quiero sufrir, quiero alegría.....
¿Es acaso tu dicha esta agonía?
Si esta es tu gloria, amor, yo te maldigo.

¡Ah! pero no, piedad: en vano lanza
Tristes quejas mi labio; el bien que anhelo
Nunca entre risas y placer se alcanza.

Bendito ¡oh tierno amor! tu amargo duelo;
Que á mi oido suspira la esperanza
Que nunca sin dolor se llega al cielo.

Noviembre 9, 1867.

EL SUICIDA.

SONETO.

Un instante vacila, el hierro toma,
Y maldiciendo á Dios con voz de trueno
Anhela demostrar de orgullo lleno
Que nunca el miedo su carácter doma.

Una sonrisa de desprecio asoma
En sus pálidos labios, y sereno
El agudo puñal hunde en su seno,
Y bañado en su sangre se desploma.

Al contemplar al fin su pecho herido,
Morir no quiere; con terror suspira,
Y una oración murmura arrepentido.

Su incierta vista con espanto gira,
Su cabello se eriza, dá un gemido,
¡Ay! y luchando por vivir expira.

Noviembre 12, 1867.

SONETO.

Una noche feliz del Mayo ardiente
Tu semblante entre sueños yo veía,
Y tu armoniosa voz plácido oía,
Por mi amor suspirando dulcemente.

De tus ojos la luz indeficiente
A mi amante mirar se confundía,
Y entre sueños dulcísimos sentía
Castos besos de amor sobre mi frente.

¿Quién de mis sueños el placer me diera
Y el bien que nunca el corazón alcanza?
¡Ay, quién soñando así vivir pudiera!

Siempre ¡oh niña! en tan dulce bienandanza
Con la esperanza yo soñar quisiera,
Que es hermosa hasta en sueños la esperanza.

Noviembre 13, 1867.

SONETO.

(Imitación del italiano.)

El monte, el valle, la arboleda umbría,
El florido vergel, la mansa fuente,
El lago inmóvil, y el saúz doliente
Do el ave canta al declinar el día;

Mi pasada ventura y mi alegría
Me recuerdan ahora tristemente,
Y aquel divino amor, tierno y ardiente,
Que hoy sólo existe en la memoria mía.

Aquí de Elisa el nombre está grabado;
Y aquí, hermosa, radiante y placentera
Transformaba mi duelo en bienandanza.

Pero ¡ay! también aquí fuí desgraciado,
Aquí la contemplé la vez postrera,
Y aquí perdí mi dicha y mi esperanza.

León, 1867.

SONETO.

¿En dónde, en dónde estás? ¿Por qué no miro
Cual otro tiempo tu semblante hermoso?
¿Y por qué si te llamo cariñoso
No responde tu acento á mi suspiro?

¡Ay! me olvidaste, Elisa! En vano aspiro
A estrecharte en mis brazos amoroso;
En vano por doquier te busco ansioso,
Y en vano, ardiente, por tu amor deliro.

¿En dónde, Elisa, están mis alegrías?
¿Dónde está tu ternura? ¿Qué se hicieron
Tus dulces risas y las glorias mías?

¡Ay! Si tan bellos para el alma fueron
Aquellos de mi amor felices días,
¿Por qué tan presto para siempre huyeron?

León, Diciembre 4 de 1867.

SONETO.

(Traducción libre del italiano.)

Yo soy la pasajera golondrina
Que cruza el mar y busca otra pradera,
Abandonando el bosque y la colina
Y el techo donde vió la luz primera.

Huyendo el rayo que el amor fulmina
Dejé mi choza y mi natal ribera;
Por un desierto erial mi pie camina,
Y es la amarga inquietud mi compañera.

En esta triste playa y silenciosa,
Al cantar mis pesares, llamo amante
A la que no he de ver, virgen hermosa.

Llorando vivo de mi bien distante . .
Brisa primaveral, vén cariñosa
Para que al nido vuelva el ave amante.

León, Diciembre 4 de 1867.

A LA NOCHE.

SONETO.

Vén ¡oh tranquila noche! y cariñosa
Da á mi profunda pena el dulce olvido:
Siempre al mirar tus sombras he sentido
Inefable ternura misteriosa.

Tu oscuridad al alma es más hermosa
Que el sol ardiente en el Abril florido;
Vén, y escucha mi lánguido gemido,
Vén á calmar mi afán, vén silenciosa.

Pero en vano te imploro, aunque tu velo
De una grata quietud la bienandanza
Y la calma doquier vierte en el suelo,

Tu silenciosa sombra á dar no alcanza,
Ni al dolor de los míseros consuelo,
Ni al corazón doliente la esperanza.

León, Diciembre 4 de 1867.

SONETO.

Cuando brilla la aurora en el Oriente,
Cuando lánguido y triste expira el día,
Ya en la ciudad altiva, ya en la umbría
Margen musgosa de la clara fuente;

Ora el sueño me arrulle dulcemente,
Ya del amargo insómnio en la agonía,
Ora goce, ora sufra, Elisa mía,
Siempre en mi corazón estás presente.

Tú eres mi luz, mi ser; tú eres mi aliento;
Por ti amo á la virtud, por ti respiro,
Y por ti de la gloria el ansia siento.

Por doquiera que voy tu imagen miro;
Tuyo siempre será mi pensamiento,
Y tuyo ¡oh niña! mi postrer suspiro.

León, Diciembre 6 de 1867.

SONETO.

No aspiro yo al poder, germen de horrores
Que ha llenado de lágrimas el suelo;
Ni fausto, ni oro, ni renombre anhelo,
Que es sombra de placer entre dolores.

A mí me bastan, niña, tus amores,
Tu risa, en mi inquietud grato consuelo,
Mi humilde choza que bendice el cielo,
Y mi zampoña rústica y mis flores.

Más que el aureo esplendor de regio trono
Amo yo tu mirada placentera,
Y los pálidos lirios de mi huerto.

Tu amor, tu dulce amor sólo ambiciono,
Que mi alma sin tu amor desierto fuera,
Y un cielo con tu amor es el desierto.

Diciembre 7 de 1867.

EL BESO.

(Imitación de Zappi.)

SONETO.

Allá en la edad en que al rizado armiño
Del cuello de mi cabra no alcanzaba,
Amaba á Elisa yo, y en mi cariño
Deidad y no mujer la contemplaba.

Con acento sincero y sin aliño
Una noche mi amor le revelaba,
Y ella, dándome un beso, murmuraba:
"No sabes que es amor, eres muy niño."

Ella por otro al fin suspira amante;
Y yo estoy en la edad de la agonía
En que al alma el amor hiere incesante.

Elisa esquiva la ternura mía;
Ella olvidó mi amor en un instante,
Y recuerdo aquel beso todavía.

León, 1867.

SONETO.

(Imitación del italiano.)

Elisa va á llegar . . . La espero ansioso:
Presto en las alas de la leve brisa
El blando acento de su alegre risa
Resonará en el valle silencioso.

Ya me parece ¡oh gloria! que amoroso
Bebo el néctar de amor en su sonrisa,
Y trémulo suspiro: "amada Elisa,
Cuán venturoso soy, cuán venturoso."

Ya me parece que ella dulcemente,
Su hermoso nombre por mi mano impreso
Mira en el tronco del saúz doliente;

Que suspira al mirarme en mi embeleso;
Que un divino pudor tiñe su frente,
Y en su divina frente estampo un beso.

León, Diciembre 13 de 1867.

SONETO.

Por ella, por su amor, tierno sonrío,
Se transforma mi sér y se engrandece;
Bello por ella el mundo me parece,
Y por ella no más la gloria ansío.

El amor de mi Elisa es el rocío
Que fecundiza el alma y la embellece;
Hermoso, como el sol que resplandece,
De luz inunda el pensamiento mío.

Elisa en gracia y en beldad descuella;
Es imposible verla sin amarla,
Porque es cual la virtud, cándida y bella.

¡Oh, cuánto el corazón goza al mirarla!
¡Cuán dulce es siempre suspirar por ella!
¡Cuán venturoso soy en adorarla!

León, Diciembre 13 de 1867.

EL RELÁMPAGO.

SONETO.

Ruidoso el huracán tiende su vuelo;
En las sombras la luz se desvanece;
El soberbio Ixtacihuatl se estremece,
Y ruge airado el mar, y tiembla el suelo.

De las nubes rasgando el denso velo
El relámpago brilla y resplandece;
Un instante se agita y desparece,
Oscuridad y horror dejando al cielo.

Así un tiempo también, bello y brillante,
Tornando en inquietud mi dulce calma
Hirió el placer fugaz el pecho mío.

Su engañoso fulgor brilló un instante
Y rápido pasó, dejando al alma
Eterna oscuridad y eterno hastío.

1866.

¿POR QUÉ SUSPIRO AL CONTEMPLAR EL CIELO?

Por qué al nacer el día,
Cuando cantan los tiernos ruiseñores
Su dicha y sus amores
En la arboleda umbría;
Cuando en la margen de la fuente fría
Su cáliz á la luz abren las flores;
Cuando apacible y bella,
Cual la esperanza mía,
Se oculta del amor la blanca estrella,
Y la noche sombría
Presurosa recoge el negro velo:
¿Por qué suspiro al contemplar el cielo?

Por qué cuando en la siesta
Extraña languidez el alma siente,
Y de la cumbre enhiesta
Voy á buscar la sombra á la floresta
Porque ardoroso el sol quema mi frente;
Cuando llamo al reposo dulcemente
En la grata espesura reclinado;

Cuando busca los claros manantiales
En las umbrosas selvas el ganado;
Cuando en blancas y leves espirales
Miro el humo subir de las cabañas,
Y en giros desiguales,
Cruzando las montañas,
Las nubes pasan en callado vuelo:
¿Por qué suspiro al contemplar el cielo?

Por qué cuando la tarde fatigada
En el Ocaso triste se reclina
Lanzando al mundo la postrer mirada;
Cuando la rosa pálida se inclina
A sus sueños más dulces entregada;
Cuando la brisa plácida murmura
Y el labrador se vuelve á sus hogares,
Y en la tendida playa y la llanura
Resuenan melancólicos cantares;
Cuando arrulla en los sáuces la paloma,
Y en el Oriente asoma,
Magnífica y hermosa,
La luna misteriosa
Sin un leve celaje, sin un velo:
¿Por qué suspiro al contemplar el cielo?

Por qué cuando indeciso y vacilante
Voy por la tierra triste y caminando,
Cual peregrino errante
Que, pálido y llorando,
Avanza en el desierto
Vagando siempre con destino incierto;
Cuando ni dicha espero ni hallo calma;
Cuando miro mi nombre en el olvido;
Cuando pienso en mi amor no comprendido;

Cuando ánsia eterna me devora el alma,
Y lloro con afán y sin consuelo:
¿Por qué suspiro al contemplar el cielo?

¿Por qué del sol ardiente
Me parecen opacos los fulgores,
Y á su hermosura soy indiferente
Y con desdén sonrío?
¿Por qué me canso de mirar las flores?
¿Por qué su dulce olor me causa hastío?
¡Ay! ¿por qué si suspira el pecho mío
Por el falaz amor de las mujeres,
Aspirando su dicha y sus placeres,
Siento en el corazón hondo vacío?
¿Por qué el semblante de la muerte triste
Contemplo sin dolor, sin desconsuelo?
¿Por qué en perpétuo anhelo
De gozo y de ilusión el alma existe . . . ?
Si otros hallan el mundo tan hermoso,
¿Por qué yo vivo en incesante duelo
Sin encontrar reposo,
Cual ave errante en infecundo suelo?
¿Existe acaso, tras la tumba oscura,
Otro sol, otra gloria, otra ventura,
Otra esperanza bella, otro consuelo?
¿Por qué suspiro al contemplar el cielo?

1865.

GARCILASO.

SONETO.

Ora al lado del rey, ora entre flores,
Gozó en su juventud dulce ventura,
Volviendo alegre de la fuente pura
Valiente á sostener lizas de amores.

Entre apuestos y altivos trovadores
Cariñoso mirando á la hermosura,
Entusiasta cantaba en su ternura
"*El dulce lamentar de dos pastores.*"

Por su patria después triste llorando
Vivió solo y proscrito en tierra extraña
Con honda angustia su laúd pulsando.

Volvió al fin del destierro á la campaña
Y expiró victorioso, tremolando
El victorioso pabellón de España.

Noviembre, 1865.